

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

El radium

Dos explicaciones de su energía

Se han dicho muchas cosas aventuradas y algunas otras absolutamente absurdas respecto del radium y de sus propiedades. Hasta se ha llegado á decir que esta sustancia es capaz de emitir indefinidamente energía en forma de calor ó de luz sin que la fuente de esta energía disminuya y sin recuperación de ninguna clase, lo que, naturalmente, constituiría un trastorno de todas las leyes naturales, á las cuales, hasta el presente, se ha comprobado que la fuerza y la materia están sometidas.

Ante afirmaciones de esta naturaleza vertidas corrientemente en la prensa diaria, no creemos sea inútil hacer observar que ninguno de los sabios que han hecho del nuevo elemento objeto de su estudio ha llegado á conclusión semejante, y añadiremos que no dejarían de repudiarla si se les atribuyera.

Es un error completo pretender que el descubrimiento del radium ha derrocado todas las teorías de la ciencia moderna. Que la manifestación de las propiedades extraordinarias del radium haya hecho necesario una nueva coordinación de ciertas hipótesis en el dominio de la química y aun de la física, nada más exacto; pero el descubrimiento del radium, aún

yendo más allá de la expectativa de la teoría científica moderna, no ha traspasado la línea que esta última ha seguido invariablemente, y esto es lo que importa establecer.

La paradoja del radium emitiendo energía sin agotamiento visible y sin renovación de la fuente de esta energía, no puede ser más manifiesta. La fuerza y la materia no pueden ser creadas ni destruidas: sobre la fuerza de esta comprobación, que ha servido y servirá de base inmutable á la ciencia, el mundo de los sabios ha emprendido la tarea de buscar la explicación de esta manifiesta paradoja.

A este propósito nos hallamos en presencia de dos teorías: la primera, la de la absorción preliminar de la energía emitida; la segunda, la de la producción de esta energía por desintegración atómica constante.

La primera de estas teorías la sostienen, entre otros, Berthelot, en Francia, y Williams Crookes, en Inglaterra. La segunda, que nos parece mucho más probable, la emiten William Ramsay, el profesor Rutherford, Oliver Lodge, etc.

Berthelot estima que el descubrimiento del señor y de la señora Curie es de lo

más importante, pero comprueba que las características del radium las manifiestan también otras sustancias y aún parece que son comunes á toda la materia en grados diferentes de intensidad.

Algunos cuerpos, como el radium, las manifiestan en elevado grado, mientras en otros apenas si están indicadas. Berthelot considera el radium como un cuerpo dotado de una capacidad excepcional para almacenar las ondas de energía que emanan, por ejemplo, del sol y emitiéndolas enseguida. Según Berthelot, el fósforo es un elemento que ejecuta funciones análogas; esta sustancia, en efecto, emite ondas luminosas que decrecen rápidamente en intensidad hasta que una nueva exposición al sol le permite renovar su provisión de energía.

Esta opinión está basada sobre una teoría que en 1893 aventuró el doctor Johnstone Stoney y aceptada por sir William Crookes en su discurso inaugural de la *British Association*, en Bristol. Es sabido que las moléculas de los diferentes cuerpos están en constante estado de movimiento. Podría decirse que están animadas de dos movimientos: uno, que les es propio; y el segundo, el de sus constituyentes. Por «constituyente» entendemos los electrons que constituyen los átomos que forman la molécula. Así que, debemos considerar todas las moléculas de no importa el cuerpo, sólido, líquido ó gaseoso, como otros tantos sistemas solares en miniatura animados de una velocidad considerable, cada uno de ellos acompañado de un gran número de planetas y de satélites provistos de un movimiento propio de una velocidad enorme.

Imagínese ahora las moléculas del aire, en su perpétuo movimiento, yendo á chocar con un pedazo de radium; ¿qué sucederá? Las moléculas de esta última sustancia están también animadas de un movimiento propio, aunque no absoluta-

mente análogo al de las moléculas de un gas. Evidentemente se produce, á consecuencia del bombardamiento que se sigue, un cambio constante de velocidad de dirección de movimiento, exactamente como cuando una cierta cantidad de bolas de billar lanzadas desde las dos extremidades de una mesa producen, cuando chocan, un cambio de velocidad y de movimiento.

Las moléculas no están todas animadas de la misma velocidad. Su velocidad media, en el aire, puede ser de 500 metros por segundo; algunas se mueven muchísimo más rápidamente, otras mucho más lentamente. William Crookes asegura que la estructura del radium es tal que, en cierto modo, tamiza estas diferencias y de ahí deriva su energía. De este modo las moléculas de movimiento lento quedarían apartadas, rechazadas á un lado, sin perder gran cosa de su velocidad; pero las de movimiento rápido se hallarían bruscamente detenidas y su energía quedaría absorbida por las moléculas del radium, energía que estas últimas emiten enseguida por radiación en forma de luz y de calor. El fósforo se comportaría del mismo modo.

En la teoría de la desintegración atómica, William Ramsay y el profesor Rutherford nos piden asimismo que consideremos el átomo como un sistema solar infinitamente pequeño, con planetas y satélites, cuyo tamaño, comparado al del átomo, vendría á ser lo que una bolita de estas que juegan los niños representa al lado de Notre-Dame, y animados, como los planetas y satélites de los sistemas astronómicos, de un movimiento que puede mantenerse durante millones de años sin pérdida aparente de su velocidad. Pero allí donde hay miles de millones de átomos algunos de estos sistemas acaban por chocar y el átomo hace explosión. Cuanto más grande es la complejidad del átomo mayores son las probabilidades de explosión.

El átomo del radium es el más complejo que se conoce, y entre los innumerables átomos de su superficie los hay en bastante cantidad que hacen explosión constantemente libertando á los electrons que los componen, los cuales escapan con una velocidad comparable á la de la luz. Al desagregarse estos átomos, entera ó parcialmente, tienden á simplificarse, á formar, tal vez, otros átomos de una naturaleza menos compleja que la del radium, á transformarse en átomos de la especie más simple, como por ejemplo, en átomos de helium.

Un experimento de los más interesantes hecho por Federico Soddy y William Ramsay en el laboratorio de la University College, prueba que los gases emitidos por el radium se trasforman, en ciertas condiciones, en otro cuerpo simple, en verdad de los más simples; en helium, lo cual quiere decir que el resultado de la desintegración atómica del radium ha sido la producción del helium. Estos experimentos de Soddy y Ramsay, hechos en cantidades casi infinitesimales de radium, han dado siempre el mismo resultado.

Se espera con interés el resultado de experimentos análogos hechos cuantitativamente en París, y si este resultado es, y hay pocas dudas de que no lo sea, una corroboración de los obtenidos en la University College, la teoría de la desintegración atómica estará casi demostrada; en este caso, como declaró á un redactor del *Morning Post*, el mismo Williams Crookes estaría, hasta cierto punto, dispuesto á aceptarlo.

Una reciente experiencia del profesor Rutherford parece que es de tal naturaleza que daría el golpe de gracia á la teoría de la absorción de la energía.

En efecto, dicho profesor hace observar que si esta teoría fuese la verdadera se podría esperar que, colocando dos

cantidades de radium una cerca de la otra, cada una de ellas derivaría un aumento de energía del bombardamiento que le inflige la otra. O bien aún, si un trozo de radium se dividiera en un gran número de partes, disolviéndolo, por ejemplo, en un líquido cualquiera capaz de disolverlo, se produciría necesariamente en este caso algun cambio en la cantidad de energía emitida.

Pero el profesor Rutherford, que ha disuelto un pedazo de bromuro de radium en una solución de cloruro de radium que tiene mil veces su volúmen, no ha comprobado, á consecuencia de esta subdivisión, la menor alteración en la radiación, cosa que habría debido producirse si esta radiación dependiera de fuentes externas de energía.

Estos experimentos serán en breve renovados de modo más completo, pero ante el resultado, ó por mejor decir, ante la falta de resultado obtenido por su experimento, Rutherford saca en conclusión la improbabilidad de la absorción de energía por las materias radiantes.

Antes de terminar haremos observar que existe otra sustancia en que la desintegración atómica ha podido ser observada. Esta sustancia es el ozono, una forma inestable del oxígeno, que tiende continuamente á trasformarse en oxígeno, y en el curso de este proceso los sabios han descubierto que emitía electrons.

Aunque la cuestión no haya sido solventada de modo definitivo, la balanza de las probabilidades se inclina, tal creemos por lo menos, á favor de la segunda teoría. No faltarán ulteriores experimentos que arrojen más luz en esta cuestión. Para efectuar estos experimentos precisa antes buscar los motivos de procurarse el rarísimo radium en mayores cantidades.



Decadencia del anarquismo

III Y ÚLTIMO

Si por *unión* se entiende la formación de un núcleo disciplinado bajo ciertas doctrinas y procedimientos, apenas tendríamos más que contestar con un *no* redondo á la interrogación de Ma-restan.

De cualquier modo que se lo considere, el anarquismo no puede constituir una secta ó partido á la manera como generalmente se entienden estos conceptos.

Conforme al criterio libertario, no es posible atenerse sino á los resultados de conjunciones libres y espontáneas. Así la inteligencia entre las diferentes tendencias del anarquismo, no podría fundarse en deliberaciones parlamentarias de ningún género ni en fórmulas determinadas, por amplias que fueran, á modo de dogmas necesarios. La única posibilidad, para nosotros, de inteligencia descansa, aunque parezca paradójico, en la mayor diferenciación de las tendencias. Toda confusión es perniciosa. Sólo marcando bien lo que nos separa, podremos llegar á la afirmación de lo que nos une. Y en esta crisis que actualmente sufrimos es necesario esperar á que las diferencias se señalen bien á fin de que, á la postre, podamos concordar nuestros esfuerzos sobre la base de lo que nos es común como filosofía y como acción.

A nuestro parecer estamos lejos de las circunstancias que han de producir la cohesión que todos deseamos. Pero no por eso creemos que estén á punto de separarse definitivamente las tendencias diversas que forman el anarquismo. Por lo mismo que la idea anarquista se ha

hecho sumamente amplia, nadie querrá deponer su espíritu particular libertario pero tampoco abandonar la bandera común de una aspiración bien definida.

Entendemos, pues, que la base de una inteligencia general tiene por primera condición la serie de inteligencias particulares que agrupen alrededor de cada tendencia las opiniones afines. La cohesión vendrá, por tanto, de abajo arriba por el acuerdo previo para fines muy concretos y de momento entre elementos poco numerosos. De estos acuerdos particulares habrá de surgir más tarde otra serie de acuerdos más amplios, tan pasajeros y tan variables como lo requiera la todavía poco general necesidad de inteligencia. Concordar del todo todos los anarquistas, será siempre imposible. Lo ha sido aun á los partidos más disciplinados.

En cuestión de doctrina no sería difícil ahora mismo la aceptación de un programa común á poco que se eliminaran ciertos particularismos nada necesarios. No así en lo que atañe á la táctica. Tal vez sea este siempre el punto preciso en que disientan los anarquistas. También para los demás partidos, aun para los más autoritarios, ha sido la cuestión de conducta verdadera piedra de toque.

Y es que la acción, así en la esfera de los partidos como en la de la conducta general humana, tiene tantas modalidades, sigue tantos caminos como temperamentos, gustos, aficiones, necesidades, etc., se dan en los individuos. Pre-tendiendo todas las doctrinas que la

táctica es cosa secundaria, resulta que en los hechos es lo esencial. Millares de hombres que piensan y sienten de un modo muy semejante, se hallan divididos profundamente en el terreno de la acción. Así toda inteligencia habría de descansar en el reconocimiento de la utilidad y la necesidad de diversas prácticas. ¿Seríamos capaces de llegar actualmente á esta conclusión netamente anarquista que excluye todo fanatismo? De palabra tal vez, no de hecho. Pues hacia este reconocimiento tiende la evolución, porque ella es, en verdad, anarquista aun cuando se cumpla con independencia del anarquismo activo.

Para nosotros la evolución general humana tiende á la anarquía tanto por las influencias de todas las actividades que conspiran, consciente ó inconscientemente, al bienestar y á la libertad de todos los hombres, como por la del anarquismo activo que no hace sino reconocer aquella tendencia y seguirla é impulsarla. No es, pues, que las tendencias que se desarrollan en las multitudes sean una aproximación á los fines personales del anarquismo ni que podamos atribuir á éste la dirección actual de la evolución, sino que la evolución general es en sí misma libertaria y el anarquismo tiene la ventaja de reconocerlo así y obrar en consecuencia.

Así, pues, puede engañarse el anarquismo respecto á la interpretación de ciertos particulares, no en cuanto al sentido total, sintético, del desenvolvimiento social. Vamos, como vá la evolución, hacia la integración de la personalidad por la solidaridad. Y en las mil formas diferentes de la acción, es del choque de

las distintas tendencias de donde resulta la orientación segura hacia el porvenir. Estamos sobre terreno movedizo, en período de tanteos. Tal vez por esto no es siquiera posible actualmente la coordinación de algunos modos de conducta, coordinación que, en fin de cuentas, es lo único apetecible porque ella permitiría que distintas prácticas concurrieran deliberada y conscientemente á un mismo fin.

En estos momentos, para los anarquistas sinceros el problema planteado tiene gran valor pero no es causa de verdaderas inquietudes porque su única preocupación, es la verdad en sí mismas segun afirma Marestan.

Lo que ciertamente puede y debe inquietarnos tanto como anarquistas como amantes de la verdad, es el asalto, el asedio continuo puesto á las ingenuas creencias populares por las gentes sin escrúpulos y sin conciencia que hacen del anarquismo escabel de sus vanidades, de sus pruritos y de sus ambiciones. Hay muchos farsantes que desenmascarar fuera y dentro de casa; muchas fealdades que descubrir; mucha porquería que barrer.

Si alguna cosa probara que nos halláramos en un período de decadencia social, nada mejor que el predominio de que ahora gozan los malandrines y folloñes del ideal.

Si así fuera, no habríamos de sentirlo sino por que lo sufrimos, puesto que la decadencia provocaría aquella reacción necesaria que todo lo limpia y que tiene para nosotros un nombre caro: revolución.

¿No llama ya á las puertas del mundo social?



La guerra y la civilización

La justicia sin la fuerza es impotente; la fuerza sin la justicia, tirana. La justicia sin la fuerza es desoída; la fuerza sin la justicia, despreciada.

PASCAL.

La historia demuestra que nunca se abandonó un error y se aceptó una verdad pacíficamente, ni tampoco se conservó ésta sin la protección de la fuerza; y si esta afirmación se halla comprobada por el estudio de la vida de la humanidad, si todos los pueblos sin distinción de cultura, religión ni régimen la han evidenciado, ha de reconocerse su indiscutible verdad.

Los filántropos que sueñan en la paz universal, como los utopistas que confían en el exclusivo poder de la idea, viven, pues, fuera de la realidad de la vida, y su trabajo, por más que reconozcamos su buena fe, es pernicioso, porque sólo produce la prolongación de la injusticia si es fuerte, y el desconocimiento de la justicia si es débil.

Si una ley permanente existe en la historia es esta: toda idea se establece por la imposición, no por la persuasión. Tertuliano pudo decir en el segundo siglo del cristianismo «somos de ayer y ya nos extendemos por todo el mundo,» creyendo que pronto el mundo iba a ser cristiano, y sin embargo sólo cuando tuvo la fuerza cuatro siglos más tarde, con el emperador Constantino, pudo imponerse, no el cristianismo, sino el catolicismo. Lo que consigue la idea por su propia bondad es generalizarse, adquirir partidarios, y éstos, por su número y su organización, adquieren fuerza, con ella luchan, combaten las preocupaciones y los intereses creados que se le oponen, y por último se imponen a consecuencia de una batalla decisiva.

Guerra y civilización son, pues, dos términos aparentemente contradictorios, pero que muchas veces se explican recíprocamente, dándonos el uno la razón del otro.

«Las batallas, dice Pi y Margall, han sido muchas veces una necesidad en el mundo. Se las cree todas hijas del capricho, ya de los reyes, ya de los pueblos; pero injustamente. En muchas se han hallado frente a frente dos principios. La civilización ha luchado con la barbarie, la idea con la realidad, lo porvenir con lo pasado. Las revoluciones y las reacciones no son más que batallas: ¿sabéis por qué las hay en los pueblos? Llevamos la contradicción en el espíritu: ¿cómo no ha de parecer en los hechos de la humanidad y el hombre? Hé aquí por qué vivimos separados en bandos y remueve la guerra el suelo de las naciones.»

La paz y la guerra, dice el autor que nos sirve de guía en este trabajo (1), vienen representando los dos polos de la historia, cuyos verdaderos nombres son el *derecho* y la *fuerza*. Entre dos polos gravitan el mundo moral y el mundo físico; como que de su contradicción nace la armonía y de su antagonismo el equilibrio. El secreto de la actividad social no es otro que esa perenne contradicción, y ese antagonismo constante que así se revela en la naturaleza como en el

(1) Barado, *La Guerra y la Civilización*, interesante opúsculo que extractamos con el beneplácito del autor, adaptando los datos históricos que contiene a nuestro criterio.

hombre, en el hombre como en la familia, en la familia como en las sociedades. Vida de luchas incesantes en todas las esferas, vida sembrada de obstáculos á través de los cuales el progreso se realiza de un modo penoso, pero constante. La idea lucha á veces con la fuerza, y es la fuerza misma la que asegura su dominación; porque á la postre ésta viene á convertirse en su esclava, pero no sin haber recibido la terrible sanción de los combates. En cambio, la fuerza que se revela en toda su plenitud en la guerra, no puede destruirse si no se destruye también la libertad necesaria á la realización del progreso. Dentro de esa vastísima esfera se mueve el hombre con toda su grandeza y la humanidad se desarrolla más cumplidamente.

Cuando una civilización no guarda equilibrio con la fuerza, si no desaparece por completo, queda oscurecida, como consecuencia de su propia debilidad. Por esto Grecia sucumbió al poderío romano, Roma y la civilización latina cayeron á los empujes de los bárbaros; así cayó en España el poderío godo, lo mismo que el caduco imperio de Oriente, y así pesó sobre la Italia del Renacimiento el azote de una doble invasión. Así se explica el fraccionamiento de Polonia y la humillación de la Francia corrompida por el régimen imperial ante la fuerza avasalladora de los ejércitos prusianos.

El ideal del mundo antiguo, que era la conquista, lo realizó Roma por la fuerza y por la guerra. Tenía por objeto este ideal la fundación de una gran unidad material, la unidad de todos los pueblos bajo la dominación de Roma, la reunión de todos los cultos en el Panteón, de todas las sectas en el Foro, consiguiendo sólo positivamente la amalgama de todos los vicios que transformaron la Roma de los Césares en un lupanar. Pero sobre aquella unidad absorbente tomaba asiento una idea civilizadora, un nuevo derecho, para el cual habían abierto camino

las lanzas del legionario, la inteligencia de los capitanes que sojuzgaron sus provincias y la de los cónsules que les dictaron leyes; así llevó á gran parte de la tierra su régimen municipal, sus costumbres y sus artes. Ya antes de que esto se realizara, las naves del errante fenicio que lleva la civilización egipcia á las playas griegas, y la heroica expedición de Alejandro al través de las misteriosas regiones del Asia, preparan en Oriente el advenimiento de una nueva edad. Y obsérvese que si la guerra concluye á veces con una civilización, no es sin que á su vez ésta triunfe de la fuerza y se imponga á sus mismos dominadores. La corrupción asiática alcanzó á los griegos y los vicios de Oriente á los romanos, preparando en Occidente el camino á los bárbaros, cuyas primeras avanzadas, sometidas al civilizador influjo latino, transforman sus usos al poco tiempo de caer sobre el imperio. Es de ello ejemplo patente el pueblo godo, á quien cupo estable dominación en España. Posteriormente y ya en pleno Renacimiento, Italia, invadida á la vez por franceses y españoles, falta de unidad, combatida por sus príncipes y sus repúblicas, cubierta de ruinas y de sangre, pero radiante de esplendor y de belleza, donde brotan con el Renacimiento todos los gérmenes de la vida moderna, se impone á sus conquistadores, españoles y franceses, se impone á Europa, dicta á todos sus usos y costumbres, les deslumbra con sus obras maestras y su refinada cultura, y salvando los ensangrentados campos, se enseñoorea de las córtes del Mediodía. Entonces España dirige á un nuevo mundo sus carabelas conducidas por un hombre de genio, y si tras él el espíritu aventurero hace á la virgen América presa de perturbadores elementos, entrega á la civilización un nuevo continente, abriendo ilimitado campo á la actividad humana.

La triple revolución religiosa, filosó-

fica y político-social por que cruzan respectivamente los siglos XVI, XVII y XVIII, se desarrolla por la guerra en Flandes y en Alemania, en Inglaterra y en Francia. Las diferencias religiosas hacen del primero de aquellos pueblos un sangriento teatro, donde se asegura por las armas la libertad de conciencia predicada por los reformadores; así como la fermentación político-social desarrollada en Francia por los enciclopedistas, al estallar imponente y grandiosa en aquel país, levanta ecos de guerra allende el Rhin, los Pirineos y los Alpes, cruza la tierra y el mar y comunica el incendio por el mundo; atacada por una coalición poderosa se defiende con sublime heroísmo, y concluye por ser su heraldo el mismo hombre que trata de ahogar la revolución entre sus brazos y que la propaga por Europa llevándola envuelta entre los pliegues de sus banderas. Tomó la forma de un águila, y como ella batió el espacio con sus alas cruzando altiva el continente entre el humo de cien combates. ¡Hé aquí la guerra! Italia conquistó la unidad á sus ecos; Grecia un nombre; Austria vió abatido su antiguo poderío; Francia ganó y perdió su reputación militar en breve tiempo y, más rápidamente aún, parte de su territorio; Prusia ató en inseguro haz algunas provincias coronándolo con una diadema imperial; Turquía, no sin dignidad, se ha visto próxima á desaparecer; Rusia, ganosa de dominación, nada ha resuelto en definitiva; surgen y desaparecen pequeños Estados entre ese caos en que oscilan la *fuerza* y el *derecho*.

«La idea de la paz permanente, dice Martínez de Monge en su libro *La Razón de la Guerra*, data de muy remota antigüedad. Ella fué la que inspiró á los griegos la institución de los *Anfictiones*, ó sean representantes de todas las Colonias y Estados de Grecia, que, reuniéndose dos veces al año en el templo de Ceres, deliberaban sobre cuestiones reli-

giosas y resolvían sobre las diferencias entre las ciudades *anfictionesas*, reconociendo ciertas garantías en los casos en que no pudiera evitarse la guerra. A pesar de tener facultades para exigir el cumplimiento de sus decretos á todos los pueblos que formaban parte de la confederación, jamás pudo con el espíritu individualista de la raza helénica y nunca llegó á ser considerada como verdadera dieta nacional.

«En 1464 el rey de Hungría, hallándose en lucha con el papa y con el emperador, envió una embajada á Luis XI, rey de Francia, para proponerle se convocase una asamblea de reyes y de príncipes, con el objeto de constituir nuevamente la Europa, coligándose al efecto los Estados secundarios contra el pontificado y el imperio, á fin de prevenir la opresión de estas dos potencias; semejante proyecto, que por entonces no tuvo acogida, fué modificado tiempo más tarde por Enrique IV, quien lo sometió sucesivamente á Isabel y á Jacobo I de Inglaterra, sin conseguir resultado alguno. En esta época, y después de ella, gran número de hombres eminentes han procurado hallar los medios de mantener la paz; Emerie Lacroix en 1623 propuso constituir una dieta internacional permanente, donde los miembros elegidos por los pueblos, tuvieron la misión de examinar las causas de las guerras y dirimir las contiendas; dos años más tarde, Crotius en su tratado *De Jure belli et pacis*, invita á las potencias cristianas á reunirse en los casos de conflictos internacionales, con objeto de obligar á las partes contendientes á recibir la paz en condiciones equitativas; en 1693, William Penn escribió en Londres un *Estudio sobre la paz presente y futura de Europa*, con el mismo fin; en 1745, apareció el *Proyecto de paz perpétua* del abate Saint-Pierre, puesto que tiende á eternizar el *statu quo* é imposibilita la emancipación de los pueblos, forman-

do una liga de soberanos. Bentham, Fourier, Saint-Simón, Kant y otros han continuado sosteniendo la idea de diferentes modos y últimamente ha circulado una pequeña cartilla, dando las bases para el Congreso de la paz.»

Desde la institución de los *Anficciones*, 1496 antes de nuestra era, según Odysse-Barrot, se han jurado en el mundo 8,397 tratados de paz, y en ese período de 3,357 años figuran 227 años de paz frente á 3,130 de guerra, que han producido, calculando á bulto, la muerte de más de 151 millones de hombres.

Todos estos tratados revisten cierto carácter de perpetuidad, todos se han cerrado con las mayores formalidades y acompañado de las más solemnes promesas. Y sin embargo, la historia acusa que la duración por término medio de esos 8,397 tratados ha sido la de dos años. ¡El viento se ha llevado los juramentos como las palabras! Y á medida que la civilización se va desarrollando, si ha ido en aumento el número de los convenios diplomáticos, no ha disminuído el de las batallas.

«De hecho, dice Salières, la diplomacia ha fomentado más las guerras que contribuído á contenerlas. Firmar tratados de paz después de la lucha es reconocer las pretensiones del vencedor. Un tratado es sólo un armisticio ó una tregua, ó si se quiere un pedazo de papel que uno de los firmantes rasga de un sa-blazo. Los que firman prometiendo y concediendo con las bayonetas del enemigo en el pecho, se creen desligados de su compromiso cuando se sienten fuertes para resistir ó atacar. Esto es lo que constantemente prueba la historia.»

Entre todos los tratados firmados por las potencias desde la paz de Westfalia, sólo hay uno observado fielmente, el de Methuen, de 27 de Diciembre de 1703, ajustado entre Inglaterra y Portugal, perjudicialísimo para los portugueses, única razón de su *fiel observancia*.

Después que se hubo propagado el derecho en Europa como cuerpo de doctrina, la historia consigna atroces atentados contra el derecho, entre los que en época reciente figura el reparto de un pueblo por tres poderosas potencias.

Estos gravísimos ultrajes á la justicia se han repetido incesantemente, á pesar de la solemnidad de los tratados y de los siguientes congresos: de Munster y de Osnabruck en Vestfalia 1648; de los Pirineos 1659; de Oliva, que fundó la soberanía de Prusia é inauguró el desmembramiento de Polonia, 1560; de Breda 1667; de Aix-la-Chapelle 1668; de Radzyn 1670; de Nimega 1678; de Francfort 1681; de Andrusowi, que continuó el desmembramiento de Polonia, 1684; de Altona 1689; de Ryswich 1697; de Carlowitz 1698; de Utrech 1713; de Baden 1714; de Brunswick 1714; de Anvers 1715; de Passarowitz 1718; de Nystadt 1721; de Cambray 1722; de Soissons 1728; de Niemerooff 1737; de Abo 1741; de Aix-la-Chapelle 1748; de Hubertsbourg 1763; de Folskechany 1772; de Bukarest, al que siguió el famoso tratado de 1774 entre Prusia y Turquía, 1773; de Teschen 1779; de París, seguido del tratado de Versalles de 1783, 1782; de Versalles, que produjo el de Fontainebleau de 1785, 1784; de Reichembach 1790; de la Haya 1790; de Sislowa 1791; de Rastadt 1797 y 1798; de Amiens 1802; de Erfurt 1808; de Fassy 1809; de Praga 1813; de Chatillon 1814; de Viena 1815; de Aix-la-Chapelle 1818; de Carisbath 1819; de Viena 1820; de Troppau 1820; de Verona 1821; de Londres 1830 y 1836; de París 1857; de Berlín 1878.

Es evidente que la paz es una aspiración, un ideal, que si algún día llega á realizarse, será únicamente cuando la Sociología haya dicho su última palabra respecto á la teoría de la sociedad, y cuando la Revolución haya cumplido su misión de imponerla á la práctica; y una vez más, y acaso sea la última, aunque

no nos atrevemos á prejuzgarlo, la fuerza será servidora del derecho, y derecho y fuerza, será una misma cosa que presente dos fases distintas, porque el antagonismo que les separaba habrá desaparecido en la unidad de la justicia.

Dice Guizot: «El derecho no es nada cuando no se cuenta con la fuerza para que prevalezca.» Tan tremendas palabras, que parecen inspiradas por el cinismo de un salteador de caminos encierran una solemne lección, y si los socialistas la olvidan caerán en un ridículo quijotismo.

Es necesario definir el derecho; pero no menos necesario es armarse y organizarse para imponerle y, si conviene, conservarle. Lo contrario es pisotear el derecho inspirados por miserable debilidad. La injusticia cometida pacíficamente extendiéndose por todos los ámbitos de la tierra y prolongándose á través de las generaciones es un mal infinitamente

mayor que un campo sembrado de cadáveres y una ciudad en ruinas: la primera es el mal viviendo sujeto á método y sistema y sin fin probable; lo segundo es la tempestad, á cuyo fragor tiembla la naturaleza, y que después ejerce saludable y benéfica influencia. Víctor Hugo, luchando como hombre de imaginación, con opuestos sentimientos, exclamó un día: «¡Deshonremos la guerra!» Después comprendió su error y escribió: «No se pone la paz debajo de la fraternidad; la paz es su resultado: no se decreta la paz, como no se decreta la aurora.»

En resumen: Si el pensamiento indicó la vía que el progreso debía seguir, la guerra desbrozó el camino arrancando intereses y preocupaciones, y lo hasta aquí sucedido irá sucediendo hasta que la sociedad encuentre perfecto asiento. La guerra, pues, es un auxiliar del pensamiento, y condenarla en absoluto es anular á la vez el pensamiento y renunciar al progreso.

De *Acracia*, Barcelona, 1886.

Enrique Malatesta

El individualismo en el anarquismo ⁽¹⁾

I

No pretendo hablar aquí de aquellos que, con llamarse individualistas, creen justificarse de cualquier acción repugnante y que tienen que ver tanto con el anarquismo como los esbirros con el orden público del cual se creen defensores, ó como los burgueses con los principios de moral y de justicia con los que á ve-

ces intentan defender sus homicidas privilegios.

Tampoco pretendo hablar de aquellos anarquistas que se llaman «individualistas en los medios», los cuales, en la lucha que hoy combatimos, prefieren, ó exclusivamente admiten la acción individual, sea porque la creen más eficaz, sea por medidas de prudencia, ó porque temen que una organización cualquiera, una inteligenciación colectiva cualquiera, redundaría en menoscabo de su libertad.

Hablaré del individualismo como filo-

(1) Este asunto ha sido ya tratado por Luis Fabbri en el *Pensiero*, de Roma (véase traducción en *Revista Blanca*, de Madrid, números 133-134). Malatesta considera la cuestión desde otro punto de vista, haciendo extensiva su crítica á otras escuelas individualistas anarquistas diferentes de la stirneriana, á la que se limitó Fabbri.—N. DE R.

sosía, como concepción general de la naturaleza de las sociedades humanas y de las relaciones entre individuo y colectividad, en cuanto aquel individualismo está profesado (á veces hasta sin darse cuenta) por parte de los anarquistas.

Hay quien se llama individualista por creer que el individuo tiene derecho á su completo desarrollo físico, moral é intelectual y debe encontrar en la sociedad una ayuda, no un obstáculo, para alcanzar el máximo de felicidad posible. En este sentido todos somos individualistas y en este caso no se trata sino de una palabra ó de un calificativo más ó menos que nosotros no adoptamos para que no origine confusiones. Y no tan sólo somos individualistas en el sentido susodicho los socialistas y los anarquistas de todas las escuelas, sino que lo son también todos los hombres de cualquier escuela ó partido, pues que el individuo es el único ser senciente y consciente, y siempre que se habla de goces ó de sufrimientos, de libertad ó de esclavitud, de derechos, de deberes, de justicia, etc., nos referimos y no podemos dejar de referirnos sino á los individuos vivientes.

A veces no se trata sino de una simple cuestión de palabras que no vale la pena de hacerla caso. Pero á menudo existe realmente una importante diferencia de ideas entre aquellos que profesan y aquellos que repudian el individualismo é importa determinar esta diferencia porque son graves las consecuencias que de ella se derivan, á pesar de que los objetivos finales de unos y otros sean los mismos. No hay motivo ni razón para mirarse rabiosamente y tratarse como adversarios por más que, desde que los anarquistas se han metido á «filósofos», se ha originado una confusión tal de ideas y de palabras, que ya no hay modo de saber si estamos ó no de acuerdo; pero urge que nos expliquemos bien, siquiera para desembarazarnos para siempre de cuestiones abstrac-

tas que absorben la entera actividad de algunos anarquistas en detrimento del trabajo de verdadera propaganda.

Examinando todo lo que han dicho y escrito los anarquistas individualistas descubrimos la coexistencia de dos ideas fundamentales, contradictorias, que muchos no afirman esplicitamente, pero que en una ú otra forma las hallamos siempre, y á menudo hasta en las ideas de muchos anarquistas que no suelen llamarse individualistas.

La primera de estas ideas consiste en considerar la sociedad como un agregado de individuos autónomos, completos en sí mismos, que no tienen razón de estar juntos si no hallan su propio interés y que pueden separarse cuando hallaren que las ventajas que la sociedad les ofrece no compensan los sacrificios de libertad individual que la sociedad les exige. En suma, consideran la sociedad humana como si fuese una especie de compañía comercial que deja ó tendría que dejar libre á los socios de formar ó dejar de formar parte de ella según sus conveniencias. Hoy, dicen los que así piensan, como algunos pocos individuos han acaparado todas las riquezas naturales ó producidas, los demás vienen obligados á observar á la fuerza las reglas impuestas por la sociedad ó por los individuos que en la sociedad imperan; pero si la tierra, si los medios de trabajo fuesen libres para todos, y si la fuerza organizada de una clase no esclavizara al pueblo, nadie vendría obligado á vivir en sociedad cuando su interés le aconsejare diferentemente. Y como que una vez satisfechas las necesidades materiales la suprema necesidad del hombre es la libertad, cualquier forma de convivencia que exigiere el más mínimo sacrificio de la voluntad individual, tiene que repudiarse. *Has lo que quieras*, tomado en el sentido más estrecho y absoluto de la frase, es el principio supremo, la regla única de la conducta.

Pero, de otra parte, admitidos el individuo autónomo y su absoluta, ilimitada libertad, se deriva que, apenas los intereses se hallan en antagonismo y las voluntades varían, surge la lucha, y en la lucha unos quedan vencedores y vencidos los otros y, por lo tanto, se vuelve á la opresión y á la explotación que quería evitarse. Por esto los anarquistas individualistas, que á nadie ceden en su ardiente deseo del bien para todos, han tenido que inventar un lazo para poder, más ó menos lógicamente, conciliar el bien permanente de todos con el principio de la absoluta libertad individual, y este modo de conciliación lo han hallado adoptando otro principio; el de la *armonía por ley natural*.

Haz lo que quieras, que ciertamente, dicen, espontáneamente, *naturalmente*, no querrás sino aquello que no pueda perjudicar el igual derecho de los demás á hacer lo que quieran.

«Nuestra libertad—me escribía tiempo atrás un amigo—no lesionará la libertad de los demás. Como los astros gravitando entorno del propio centro recorren trayectorias especiales, del propio modo los hombres podrán recorrer su propia línea de libertad sin confundirse nunca y sin degenerar en el caos.» Y otros, sustituyendo la fisiología á la astronomía, hablan de una «simpática aglomeración de células en los vegetales y en los animales,» y de la formación de los cristales otros, pasando de este modo revista á todas las ciencias naturales.

Pero de los cristales contrahechos, de la lucha por la existencia, de las catástrofes cósmicas, de las enfermedades, de los abortos, de toda la infinita suma de desastres y de dolores que también existen en la naturaleza, nadie se acuerda.

La desarmonía, el antagonismo de intereses, son consecuencia de las instituciones presentes. Destruid el Estado,

respetad la completa libertad de comercio, de la banca, de la casa de moneda; que el derecho de posesión de la tierra esté limitado por la obligación de cultivarla; que sea libre, completamente libre la competencia, dicen los anarquistas individualistas de la escuela de Tucker, y la paz reinará en el mundo: la renta económica, ó sea la diferencia de valor, por productividad y por posición, de las varias partes del suelo desaparecerá *naturalmente* y la competencia nos conducirá *naturalmente* á la más provechosa utilización de las fuerzas naturales á beneficio de todos.

Destruid el Estado y la propiedad individual — dicen los anarquistas individualistas de la escuela comunista (la cosa existe á pesar de la aparente contradicción de los términos) — y todo marchará bien; todos estarán *naturalmente* de acuerdo; todos trabajarán porque el trabajo es una necesidad fisiológica; la producción corresponderá siempre y *naturalmente* á los pedidos de los consumidores y no habrá necesidad de pactos ni de reglas porque... haciendo cada uno lo que quiera se hallará que sin saberlo ni quererlo habrá hecho lo que querían los demás.

Así es que, yendo hasta el fondo de la cosa, nos hallamos con que el anarquismo individualista no es más que una especie de *armonismo*, de *providencialismo*.

Según mi modo de ver, los principios del individualismo son completamente erróneos.

El individuo humano no es un sér independiente de la sociedad, sino su producto. Sin sociedad no habría podido salir de la esfera de la animalidad brutal y trasformarse en un verdadero hombre, y fuera de la sociedad retornaría más ó menos rápidamente á la primitiva animalidad.

El doctor Stokmann del *Enemigo del pueblo* de Ibsen, que irritado por no

verse comprendido y seguido del público exclama que «el hombre más fuerte es el que está más solo,» y que algunos han tomado por anarquista cuando no es más que un aristócrata, decía un solemne despropósito. Si él sabía más que los demás y podía mucho más que los demás, era porque había vivido más que los demás en comunicación intelectual con los hombres presentes y pasados, porque se había beneficiado más que los otros de la sociedad y por tanto debía á ésta mucho más que los demás individuos.

El hombre puede ser en la sociedad libre ó esclavo, feliz ó infeliz, pero en la sociedad debe permanecer, porque esta es la condición de su ser hombre. Por consiguiente, en lugar de aspirar á una autonomía nominal é imposible, debe buscar las condiciones de su libertad y

de su felicidad en el acuerdo con los demás hombres, modificando de acuerdo con ellos aquellas instituciones que no les convengan.

Vana es, y completamente desmentida por los hechos, la creencia en una ley natural en virtud de la cual la armonía entre los hombres se establece automáticamente, sin necesidad de su acción consciente y querida.

Aún destruido el Estado y la propiedad individual, la armonía no nace espontáneamente, como si la naturaleza se ocupara del bien ó del mal de los hombres, sino que es necesario que los mismos hombres produzcan, establezcan esta armonía.

Pero para hacer comprender esto precisa hablar ampliamente y lo dejaré para el próximo artículo.

Manuel Ugarte

El París honrado

M. Gastón Deschamps, que está actualmente en Norte-América, donde da una serie de conferencias, patrocinado por la Universidad de Cambridge, ha enviado al *Temps* una correspondencia muy curiosa sobre la opinión de los yanquis, en cuanto se refiere á las costumbres de la Francia de nuestros días. M. Deschamps ha dicho algunas cosas muy exactas. Vale retener sus opiniones, porque vienen á rectificar una idea errónea que está muy difundida en todas partes: la pretendida perversión de la Francia contemporánea.

M. Deschamps hace notar, con justicia, que esa manera de fallar en bloque, sobre la moralidad de 50.000.000 de seres humanos, es un tanto precipitada, y recuerda el procedimiento de aquel inglés

tradicional que desembarcó en Calais, vió un hombre de cabello claro y creyó poder decir que todos los franceses eran rubios. Las razones de M. Deschamps podrían ser completadas, añadiendo que no es juicioso juzgar la calidad de un objeto por la apariencia de su superficie, ni solidarizar la capital con la nación, ni confundir el bulevar con París. Casi todos los extranjeros que hablan de Francia con sonrisas picarescas, no saben más que una parte de lo que pasa al borde del Sena. No basta pasear de tarde por el bulevar, comer á las nueve en la *Maison Dorée*, fumar un cigarro en el *Palais de Glace* y cenar de madrugada en *Maxim's*, para estar á cabo de la vida parisiense. En excursiones parecidas, sólo encuentra el viajero la reve-

lación de un mundo especial, creado y apostado especialmente con el fin de hacerle quemar sus billetes de banco. Y los que regresan á su país después de haber llevado esa vida durante varios meses, sólo han visto el garito, el *bar* y las heroínas de café cantante.

Pero, á la mala reputación de París, han contribuido, sobre todo, los libros. Como es más fácil leer á Felicien Champ-saur que á Paul Marguerite y á Pierre Louys que á Rosny, los extranjeros han creído encontrar en ciertas obras una fotografía de la existencia parisiense, confundiendo la novela con la vida y suponiendo en cada casa un capítulo de Dubut de Laforest. Es verdad que la literatura francesa es esencialmente descotada. En estos últimos años hemos asistido á un derroche de escenas crudas. Y en ninguna ciudad se han arriesgado libros más primaverales. Pero los escritores franceses explican esta particularidad, diciendo que no hay razón para negar al prosista lo que se acuerda al pintor y al estatuario. Octave Mirbeau escribía en el *Journal*, el domingo último: «Desearía saber por qué causa una cosa moral se transforma en inmoral en el trayecto del Louvre á las páginas de un libro.» Esta alusión á las estatuas y á las telas de los museos, es la que ha desarmado hasta ahora los escrúpulos de la crítica.

Sin embargo, la localización de la literatura en un terreno escabroso es, quizá, la verdadera causa de la mala reputación que ha adquirido París. Las novelas pasan por ser el reflejo de la existencia: y el público se atiene á la probidad del autor, en la creencia de que nunca se atreverá á servirle una escena que no haya sido vista y comprobada personalmente. Pero está de más

decir que en la mayoría de las obras la imaginación tiene más parte que la verdad. Muchas de las monstruosidades que vemos en la vida, han sido puestas en circulación por escritores inquietos que, sin constatarlas, las han creído posibles.

París, como todos los grandes centros, es una aglomeración tumultuosa y mezclada. Pero las 200,000 personas que llenan el bulevar y acuden á todas las fiestas, están lejos de ser la síntesis de la población. Son la fracción que se muestra más, la que asedia al extranjero y, en realidad, la menos parisiense. Buena parte de las notabilidades de café concierto que nos deslumbran con su lujo insolente, han nacido en España, en Italia, en los Estados Unidos ó en Polonia. Los nombres hormiguean en la pluma...

El bulevar está invadido por una colonia cosmopolita. Y el francés está en minoría muy á menudo. En casi todos los procesos resuena un nombre norteamericano, bohemio ó ruso, como *miss* Anna Goult, el *tzigano* Rigo, ó la estudianta Vera Gelo. Si entramos á los clubs, veremos que el mundano que juega sumas más elevadas es un conde belga, un aventurero portugués ó un millonario de Chicago. Si interrogamos los ecos de la celebridad, al volver del bosque, en el pabellón chino ó en Armenonville, todos nos dirán que los *clubmen* que regalan joyas más espléndidas á las cortesanas que pasan en carruaje, son el banquero austriaco X***, el lord inglés Y***, ó el hacendado brasileño Z***. No es justo acumular sobre una ciudad los pecados de todas las naciones; y es casi seguro, que los extranjeros que declaman contra la inmoralidad de París, contribuyen regiamente á fomentarla.

Además, París es una ciudad policroma. ¿Por qué obstinarnos en no percibir más que una de sus fases? Todos nos repiten comentarios sobre el París de las *amuseuses*; y nadie nos habla del París de los obreros, de los empleados, de los industriales, de los sabios, de los artistas, de las Universidades populares, de las obras de caridad, de las ideas generosas, del París vigoroso é intelectual que da al mundo su palabra de orden, del París de Zola y de Berthelot, del París de la Sorbona y del Instituto, del inmenso París que trabaja con el brazo y con la inteligencia, y de donde salen los descubrimientos científicos, las obras de arte y las ideas que consumimos.

En las primeras horas de la mañana, mientras el París superficial duerme, el otro, el verdadero, baja de los arrabales y descende en grupos apresurados por el *faubourg* Montmartre, la calle de Rennes ó el bulevar Voltaire, camino de las oficinas y las fábricas, dispuesto á trabajar hasta la noche. A las diez de la mañana, las bibliotecas están atestadas de lectores, los anfiteatros de las facultades llenos de alumnos. Las escuelas de bellas artes, rebosando de artistas. A lo largo de los murallones del Sena, donde se instalan los vendedores de libros viejos, hay grupos de hombres que leen los volúmenes de pie, junto á la estantería, porque no pueden comprarlos. Las salas de los museos están sembradas de pintores que estudian sobre los modelos antiguos. Millares de profesores humildes peregrinan de casa en casa, dando lecciones por medio franco. Toda una población de empleados de almacén, de correo, de ómnibus, de ferrocarril pone en movimiento el mecanismo de la ciudad. Si vamos del

lado de Saint Ouen, encontramos centenares de usinas en movimiento. Si del lado de Bercy, hallamos diez mil hombres ocupados en el comercio de vinos. Si subimos á Montmartre, nos encontramos con grupos de creyentes que entran al *Sacré Cœur*. Si nos internamos en Passy, sorprendemos una ciudad tranquila y sobria de comerciantes retirados que se levantan con la aurora y se acuestan con el crepúsculo. Junto al París que todos conocen, hay otro, menos brillante, pero más sano.

Por la noche, mientras las calles centrales resplandecen de colores, en otras calles, más oscuras y más modestas, se amontonan gentes ávidas de aprender. Son estudiantes, empleados, obreros, que fraternizan en la ciencia, escuchando la palabra de celebridades como Lavissee, Duclaux ó Reclus que, despojados de toda *pose* académica, se ponen al nivel del auditorio y discuten con él. En cada calle hay una escuela. Modificando la frase de Napoleón sobre sus conquistas, se puede decir que todas las noches hay cincuenta mil hombres en las Universidades Populares de París. Y no puede estar corrompido un pueblo que, después de la ruda labor de una jornada de diez horas, encuentra energía para discutir problemas filosóficos con los profesores de la Sorbona.

El domingo, los jardines y las plazas se llenan de gentes sencillas que se pasean en grupos llevando á los niños en canastillas con ruedas. Nada más simple y más ordenado que las costumbres de esa clase media, compuesta de empleados de administración, médicos pobres ó comerciantes sin audacia, que vegetan en situaciones insignificantes, con una resignación ejemplar. Junto á ellos, encontramos otros grupos más modestos

aún, que aprovechan también el día festivo para respirar aire puro en las Tullerías ó en Vincennes. Una nación vale por sus sabios, sus artistas, sus operarios, sus comerciantes, y no sería justo solidarizar á esa inmensa mayoría de la ciudad con el grupo tumultuoso de los que hacen profesión de aturdimiento.

Lo que hay de cierto en los comentarios sobre París, es que la clase dominante, la que se muestra en el bosque y aparece en los teatros, los hipódromos y los restaurants á la moda, ha caído en una perversión lamentable. Rubén Darío lo constató hace poco en un artículo brillante. La vida del bulevar es un festín licencioso. Pero París no es responsable de la corrupción de una clase que apenas compone la vigésima parte

de la población y que está, quizá, destinada á ser barrida por las cóleras del arrabal. Los desocupados son la espuma de la población y nos impiden ver, á veces, el verdadero París, el París honrado.

Se puede decir que, á pesar de su superficie verminosa, la ciudad es sana en el fondo. Un país accesible á ideas altruistas no puede estar contaminado. Observando con atención, se vislumbra que la atmósfera viciada que se respira es más la de un régimen que la de un pueblo. La situación tiene algunas analogías con la que determinó hace un siglo la caída de la nobleza. Y no hay que atribuir á la nación los vicios de un estado de cosas. El mal viene de la omnipotencia de una minoría ociosa y mal encaminada.

(Del libro *Crónicas del Bulevar*, edit. Garnier hermanos, París.

Recibido:

De la casa editorial Garnier hermanos, de París: *Crónicas del Bulevar*, por Manuel Ugarte. — *Ortografía*, por Mariano Ramón Perol, Imp. La Unión, Madrid. *La Conception libertaire naturienne*, por Henri Zisly.

La Revue Communiste, de París; *Bolletino dell'Eco della Stampa*, de Milán; *Vida*, de Valencia, semanario dedicado á las ciencia, sociología y arte, dirección Lista Correos; *Memorándum tipográfico*, de Habana; *Tierra y Libertad*, de Madrid.

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne fara il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

NATURA will do a critical examination of all receipt books, pamphlets and reviews.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chafán Bruch).—BARCELONA